

*A poca distancia al oeste de Pekín se halla el Templo Wan-Schontse que reúne riquezas de hace diez mil años.*



1. La sala de los Buddahs.
2. Un ejemplar original.
3. Uno de los más hermosos ejemplares de la colección.
4. El célebre Bodhidharma.
5. Uno de los guardianes del templo.

*Foto S. Herl.*

PAGINAS

EXTRAORDINARIAS

DE

El Día Gráfico

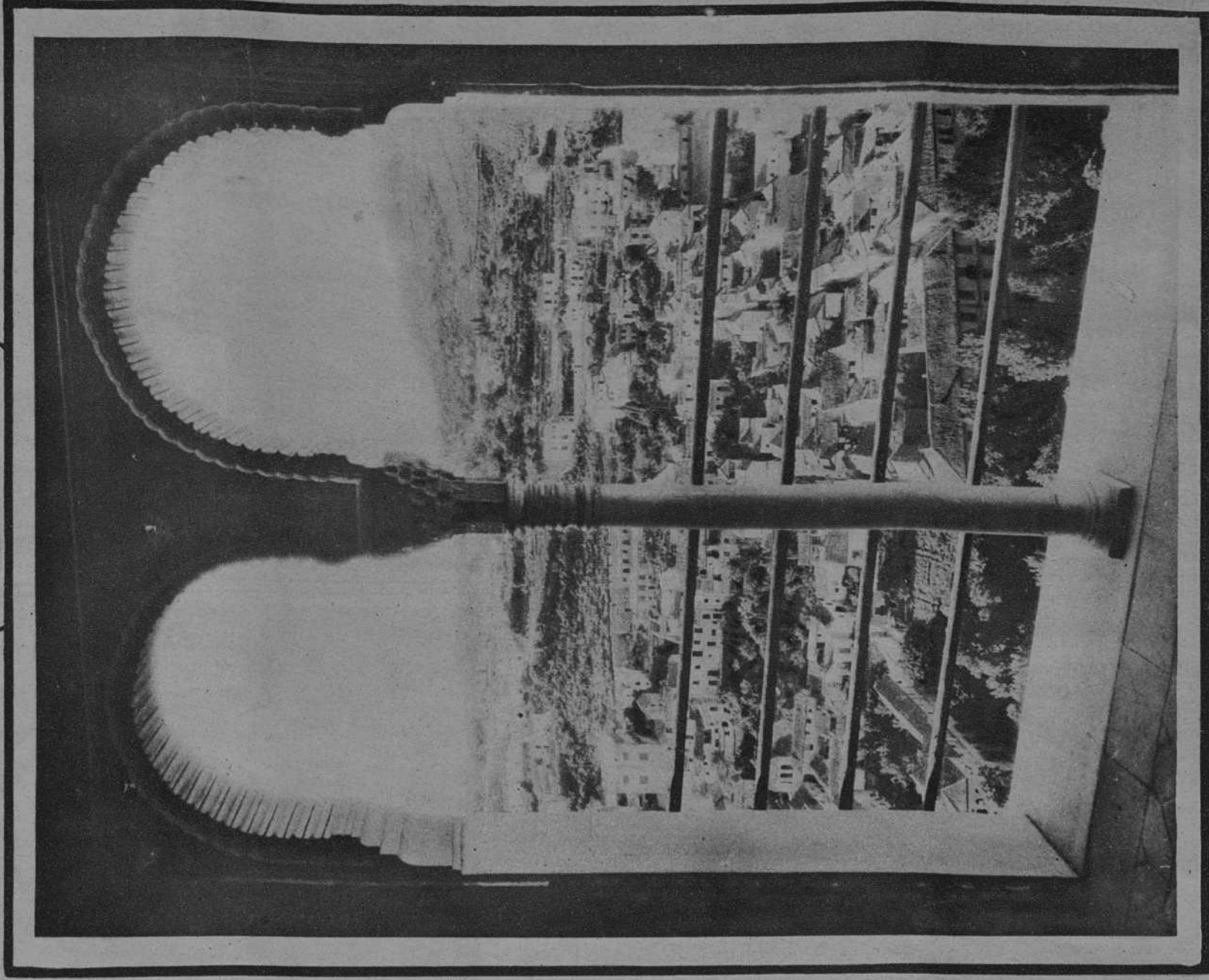
NUM

96

FEBRERO

12

1928



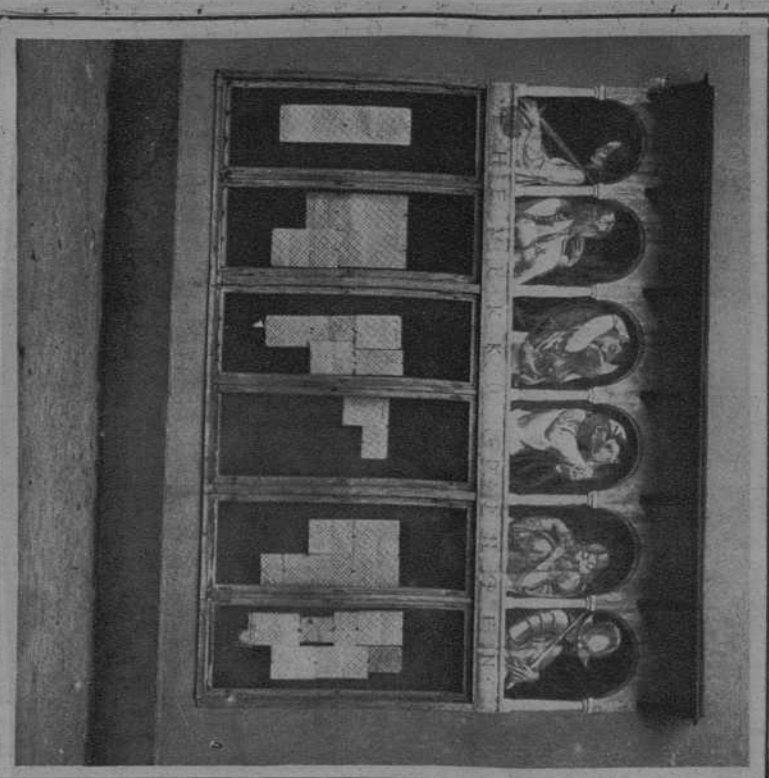
*El Albaicin visto desde la Sala de Embajadores de la Alhambra de Granada*

*Foto Mas*

Las nuevas tendencias del arte se imponen incluso en el adorno de las grandes urbes. Basilea rompe todas las irrediciones y dota a sus plazas y paseos de monumentos de vanguardia.



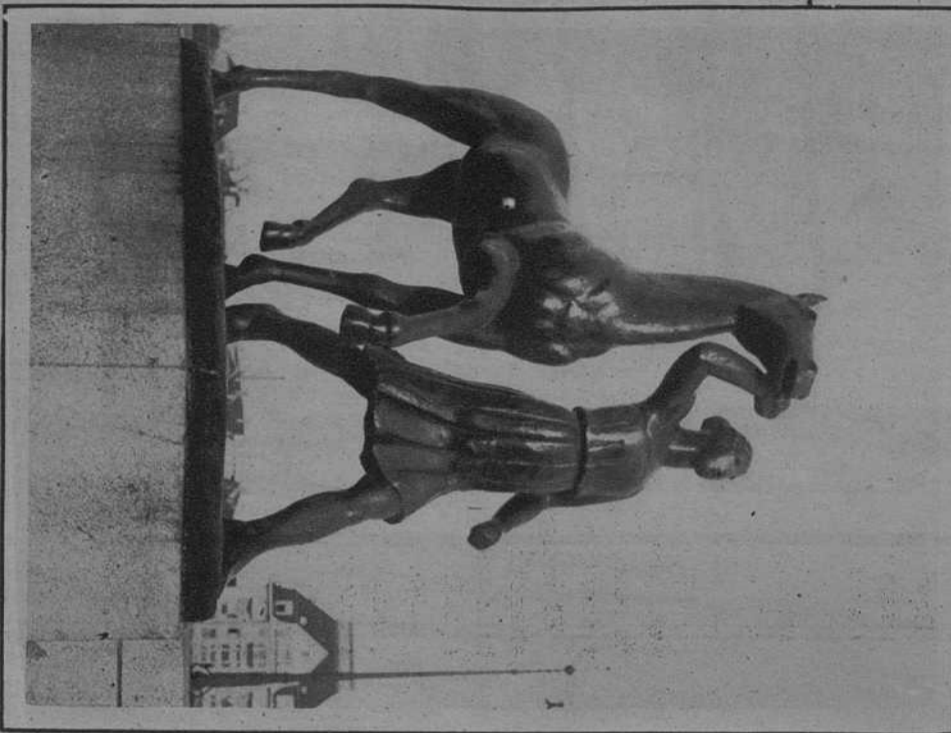
Un quiosco de gran modernidad.



Original cartelería para anunciar los mahinonios



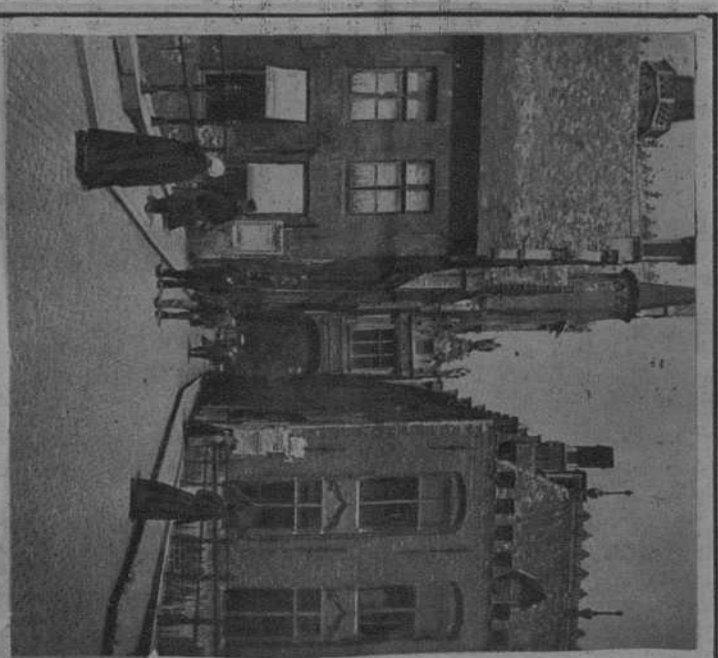
Una original concepción de San Jorge



Amazona en bronce

Robert S. M. 1911

Brujas, la vieja conserva en sus edificios y en sus costumbres, el encanto de otros tiempos, con singular pureza.

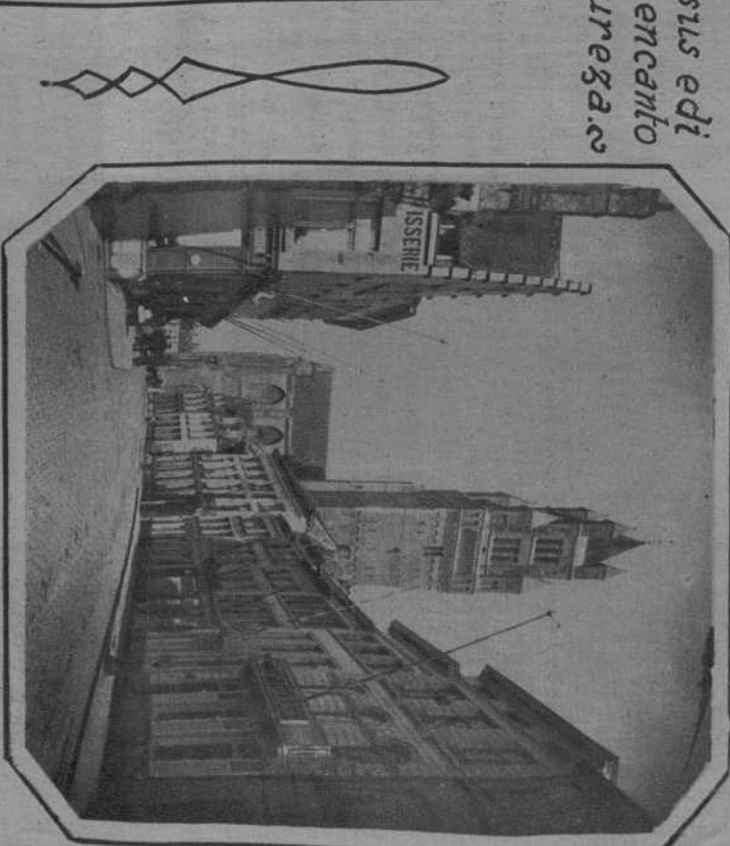


Calle del Cisne Viejo

El Hospital de San Juan y el canal.



El Palacio Franck



Calle de las Piedras y la Catedral



Las típicas encajieras

*Enseñar a la infancia a valerse por sí misma en la vida constituye la más moderna orientación pedagógica. En las escuelas inglesas y alemanas han sido implantados métodos conductivos a esta finalidad.*



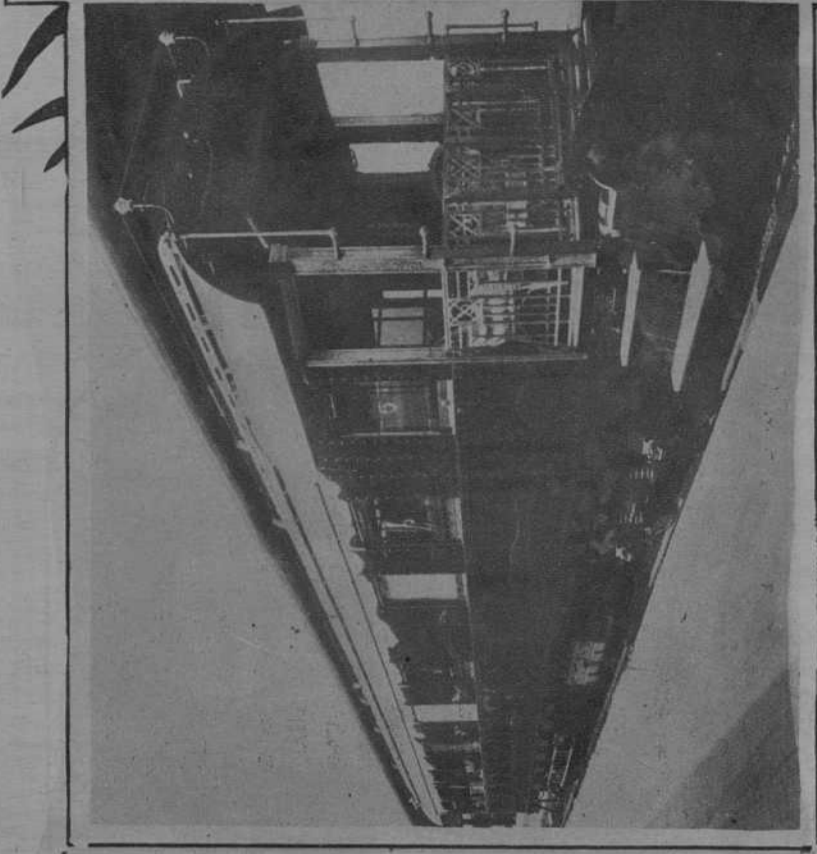
*Las pequeñas mamás*



*El lavado de la ropa de las muñecas*



*El arte de pelar patatas*

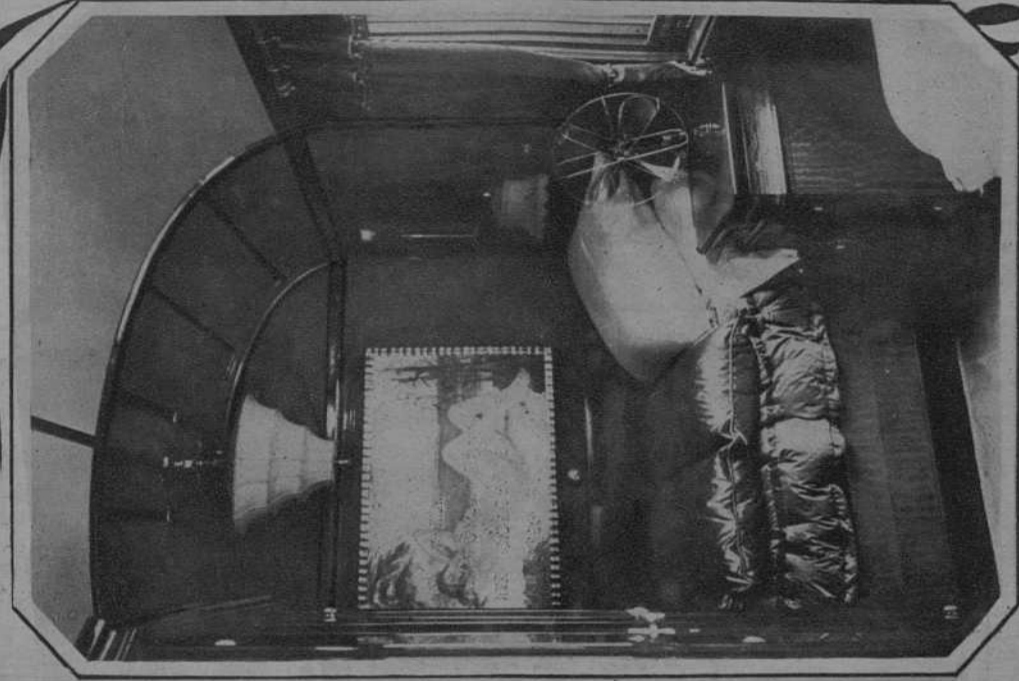


*El vagón especial*



*El cuarto de baño.*

*Mustafá Kemal, árbitro de los destinos de Turquía, viaja en condiciones no igualadas por los Monarcas tradicionales. Su vagón especial reúne todos los lujos y todas las comodidades.*



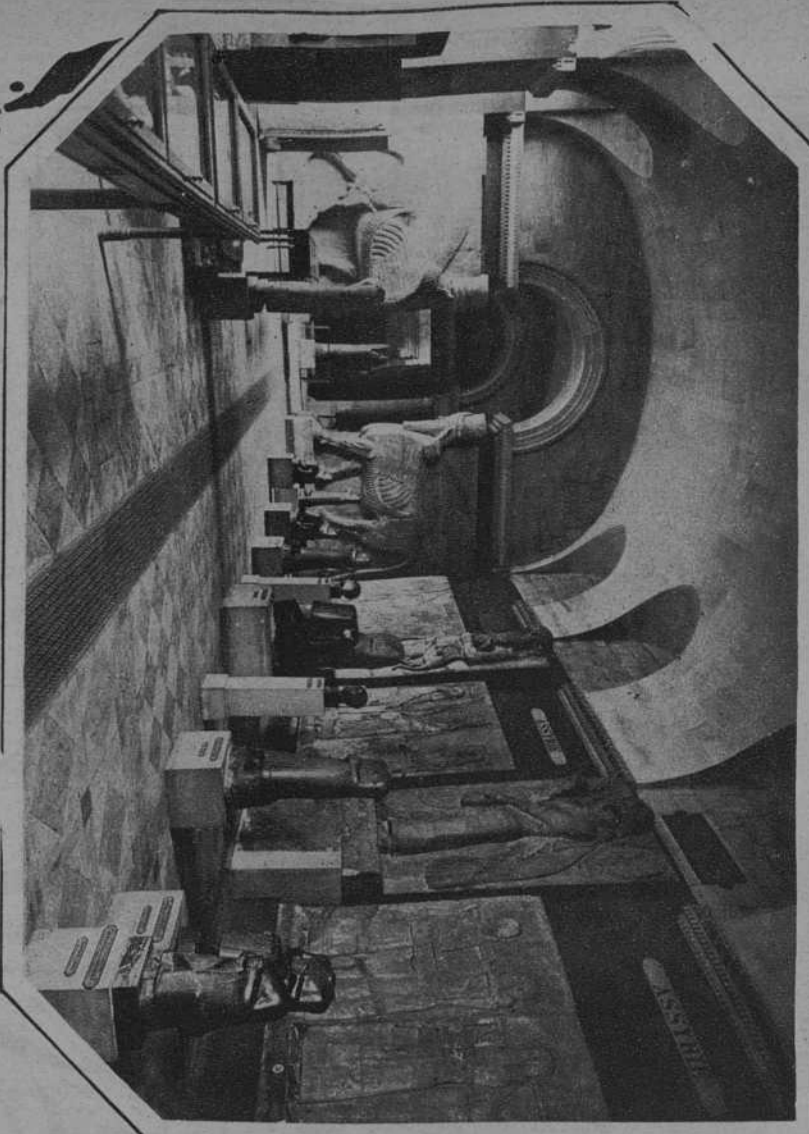
*El dormitorio*



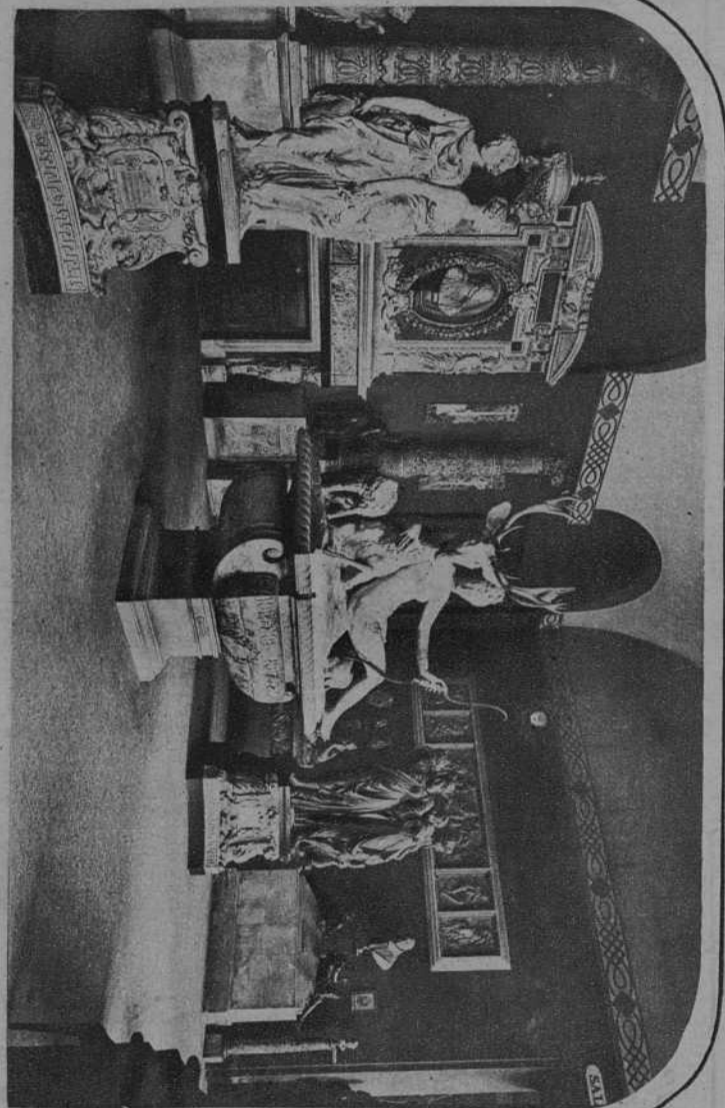
*El comedor*

JANA ARVAMBAJLI  
 BOBROVI  
 ESTE DISCO  
 COLLEGE DE EDUCATION  
 DE BOSTON  
 ESTE DISCO HA SIDO  
 COMPRADO POR EL  
 INSTITUTO DE ESTUDIOS  
 DE BOSTON

Los Museos



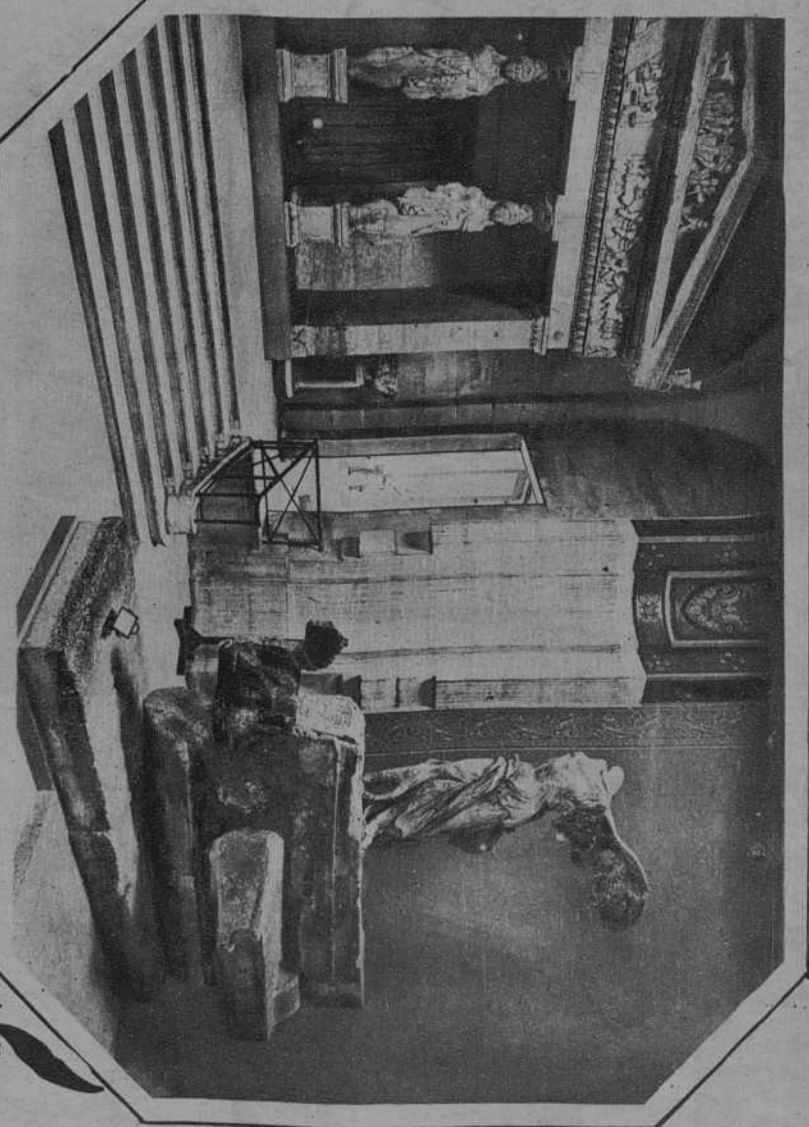
La sala asiria.



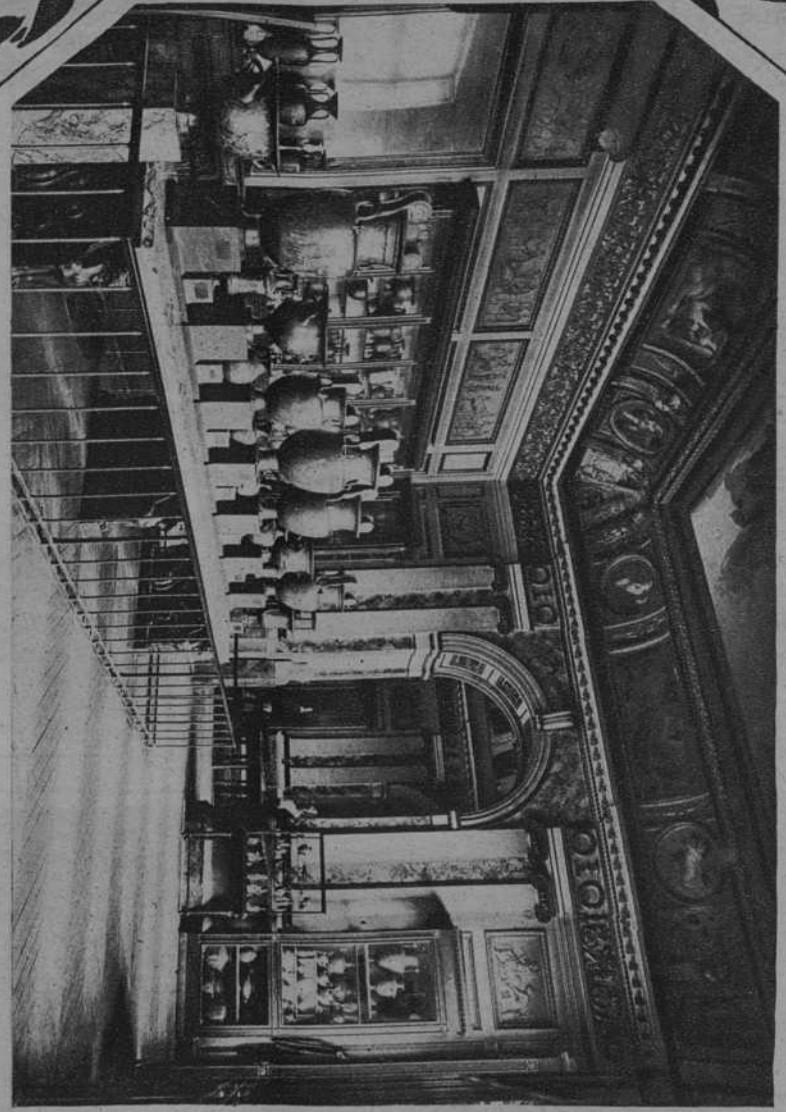
La sala de Diana.

El Museo del Louvre ha sido objeto de una vasta ampliación y reformas, ofreciendo al visitante nuevas y valiosas colecciones.

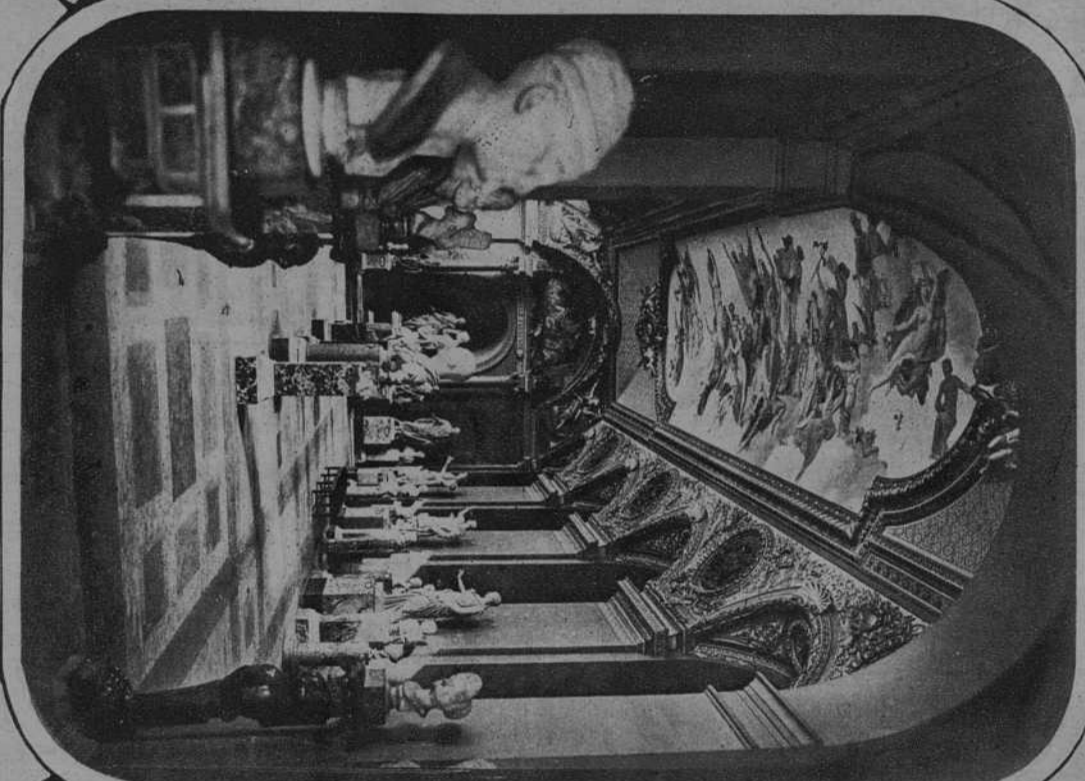
de París



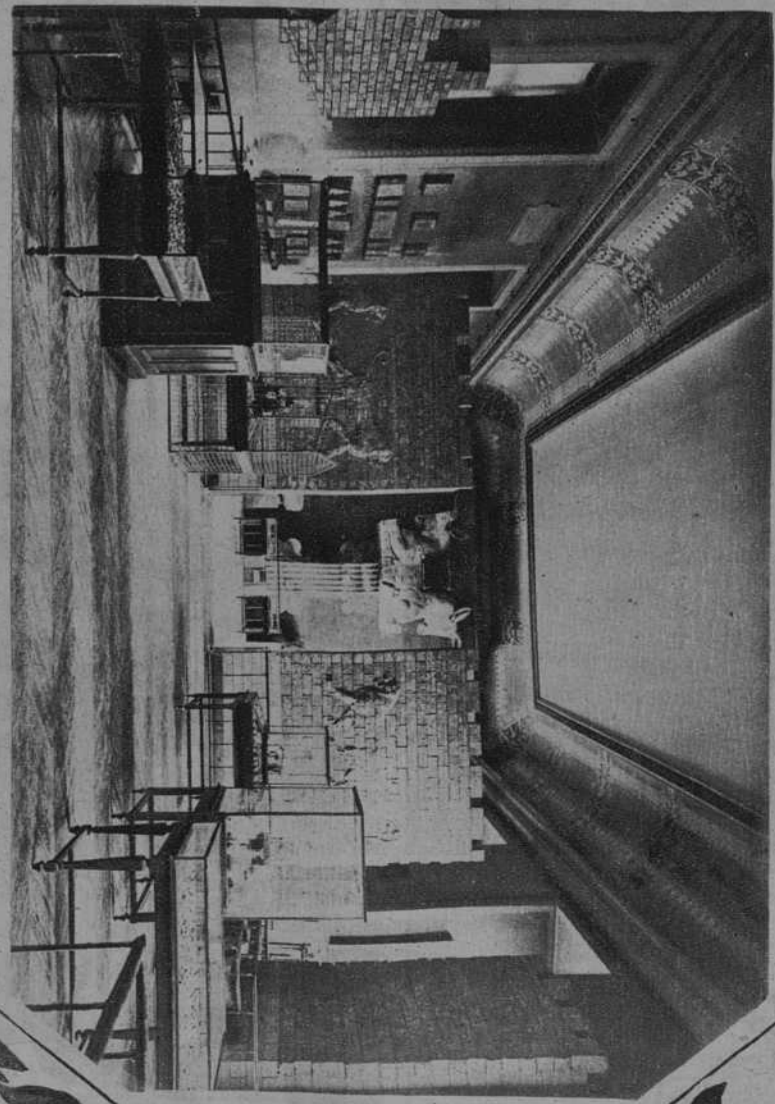
La Victoria de Samothracia.



Instalaciones de cerámica itálica y griega.



Sala de Augusto, de escultura.



La nueva sala Dieulafoy.

TEMAS LITERARIOS

El teatro de Lenormand

II

Hemos releído estos días el teatro de Lenormand. Era en una camareta íntima, la lectura. En una camareta llena de libros, cabe un brasero. Y durante la noche, ya que el día nos lo ocupaban otros trabajos menos gratos.

La lectura de las obras de Lenormand nos ha dejado una sensación de angustia, de ahogo, una enorme inquietud. Y una sensación de misterio.

Así como suena: una sensación de misterio que nos ha recordado, por reflejo, pasadas lecturas: Maeterlinck, «La Intrusa», «Interior». Y no es que haya nada de común entre Maeterlinck y Lenormand. No, no: los dos sienten y ven el teatro de una manera personal y singular. Son, las suyas, dos estéticas dispares. Maeterlinck busca la emoción, para dirigirla después como un dardo contra el público, en las pausas, en los silencios, que adquieren en su obra una vida, una elocuencia temibles. Para Lenormand, en cambio, la emoción está en la crueldad, en la brutalidad de la palabra. Maeterlinck es más suave, más apagado; emplea con preferencia el tono menor; da a su obra un aire de irrealidad; se complace en borrar, en difuminar todo perfil. Lenormand emplea otra técnica: ama las violencias del contraste, los juegos de luz, el claroscuro; aplica a la dramática la manera de Rembrandt.

Pero en los dos hay idéntica sensación de misterio, de angustia, de lejanía. Así la obra de Lenormand, que huele y sabe a sangre, a carne atormentada y doliente, nos lleva a los poetas. La obra total de Lenormand nos recuerda unas palabras de Rosalía de Castro que tienen un profundo sentido: «Tengo miedo d'un-ha cousa que vive e que non se ves».

Esa cosa «que vive y que no se ve» parece alentar en toda la obra de Lenormand, parece ser el alma mater de toda la obra de Lenormand. Sus criaturas están, y tal vez no hayan otras como ellas, sujetas al mal físico, al metafísico y al moral.

Cuanta amargura en la vida de estas criaturas de Lenormand! ¡Cuanta tristeza! ¡Cuanta pena! Esta amargura, esta tristeza, esta pena, prestante a la obra total del estimable dramaturgo una honda huella de nobleza, de dignidad y de humanidad, ya que la vida no es ni la carejada estruendosa o la valla grossera, ni el grito trágico y desgarrado anejo al peplu y a la clamide. No, la vida es el pequeño dolor cotidiano, oscuro, callado; la pequeñita y continua conturbación; la amargura de las pequeñas cosas que le broman a uno el cerebro y el corazón, que le embotan y atrofian la sensibilidad.

El drama de los personajes de Lenormand

El porqué de las cosas

¿DESAPARECEN ALGUNAS ENFERMEDADES?

Ciertamente desaparecen, y esto significa un enorme beneficio. Hubo una época en que toda Europa estaba bajo el yugo de una terrible enfermedad que tuvo origen en la China y que llamaban la peste. Actualmente, la peste no existe en los países más civilizados, pero ésta no tardaría en reaparecer si no se vigilara atentamente los puertos, donde todo individuo apesadado es inmediatamente aislado de tal suerte que no se pueda propagar la terrible enfermedad.

En otros tiempos la lepra se extendía en el mundo entero y abundaban las leproserías, donde se encerraban desgraciados, víctimas de esa cruel enfermedad. La viruela que antiguamente hacía tantos estragos ha desaparecido casi en absoluto, gracias a la vacuna inventada por el doctor Jenner. En otras partes del mundo donde abunda la fiebre amarilla, éstas han desaparecido casi por completo en el curso de estos últimos años, simplemente porque los sabios han descubierto que estas plagas se propagan gracias a unos insectos parecidos a los mosquitos, a los que han exterminado.

Ultimamente se ha llegado a dominar por completo en la isla de Malta una fiebre que se llamaba «fiebre de Malta», porque se descubrió que ésta se transmitía por la leche de cabra y se prohibió en absoluto que se bebiera la leche de dicho animal.

¿A QUE VELOCIDAD PUEDE LLEGAR A GIRAR UNA RUEDA?

Es común el pensar que haciendo girar una rueda con una fuerza poderosa, ésta rotaría cada vez más ligera y que no habría límite para su velocidad. Pero las cosas no pasan de este modo, y se ha visto a menudo que una rueda girando demasiado ligero ha producido accidentes terribles.

Si se toma un paraguas recién mojado y se le hace girar lentamente las gotas de agua quedarán adheridas a él, pero si se le hace girar demasiado ligero es sabido que las gotas se escaparán en todas direcciones. Mientras el paraguas daba vueltas lentamente la fuerza de cohesión era suficiente para mantener a las gotas, pero cuando aumenta la velocidad esta fuerza no basta y las gotas se desparrraman en todas direcciones. Pues bien, la cohesión es lo único que retiene unidas las diferentes partes de que se compone una rueda, y si ésta gira con demasiada velocidad, dicha fuerza no bastará para mantenerla unida.

Ha sucedido varias veces que al poner una máquina a una velocidad demasiado grande una de sus ruedas (hecha de acero pesado) ha estado en fragmentos que, arrojados al espacio, han causado grandes perjuicios. Esto se aplica a todo lo que gira, ya sea un trompo, una rueda o a la Tierra misma.

Hay un límite para la velocidad a la que pueden girar sin estallar en pedazos, porque hay un límite para la fuerza de cohesión.

La pesada atmósfera de la noche tropical estaba silenciosa y lánguida. Innumerables bichos formaban una verdadera nube en torno de la lámpara de petróleo que colgaba del techo de la casita de madera de Donald Bowen, inspector del distrito en Borneo Oriental. El fuerte viento anunciaba tormenta y empezaban a caer algunas gotas de lluvia.

Bowen cerró el libro que leía y se asomó a la ventana. Luego, dejando la puerta entreabierta, se acercó al aparador y se sirvió una copa de licor. No había concluido de beberlo cuando oyó un agudo grito de terror, al mismo tiempo que veía un cuerpo de mujer que se precipitaba a sus pies. En el mismo instante una lanza pasó silbando a su lado, y fué a clavarse en la pared de madera.

Vuelto de su sorpresa, Bowen vio a un hombre parado al lado de afuera de la puerta.

—Adelante, amigo—dijo en el ídroma del país. El hombre vaciló un instante; pero movido quizás por la repentina aparición de un ordenanza al pie de la escalerilla de la veranda, que le cortaba la retirada, avanzó. Era un indígena, vestido al modo de su tribu, alto, grueso, de aspecto más bien insolente.

Bowen se sentó en el borde de la mesa, con una pierna colgando, que balanceaba lentamente.

La mujer, una muchacha, se había refugiado detrás de él, al otro lado de la mesa, y miraba la escena con ojos asustados.

—¿Y quién es usted?—preguntó Bowen energicamente—para meterse de noche en casa del «Tuan-Hakim» y querer matarlo?

El indígena, perdida en parte su altanería al darse cuenta de la actitud energética del inspector, empezó a balbucear:

—Yo soy un Murut, Juan, y no quería matar al Tuan-Hakim, que es bueno, sino a la muchacha, que es mala.

Bowen, que había sacado la lanza de la pared y la estudiaba atentamente, preguntó:

—¿Y desde cuándo los Murutes salen armados de lanza a matar murujeres?

—Soy el hijo del jefe y por eso llevo lanza, y también espada. Como puedes ver, la espada está atata-

EL ANILLO DE OPALO

POR EDMUNDO SNELL

da a la vaina, y la lanza es para pescar.

Bowen hizo un movimiento lento con la cabeza.

—Nadie busca pesca en la casa de un blanco—dijo con marcada intención.

—Esa mujer es muy mala—protestó el Murut, saliendo por la tangente—. Estaba rabioso cuando le tiré la lanza, sin pensar en nada, porque me ha hechizado y no podía ver. Además está lloviendo—agregó, sacando la negra mano al aire, como para tomar de testigos a los elementos.

Bowen miró a la muchacha, sentada en el suelo, y le pareció que la había visto en alguna parte. Tenía la piel obscura, pero sus facciones eran finas y regulares. Bowen observó que en un dedo llevaba un anillo de oro con una sola piedra.

—¿Quién es usted?—le preguntó. —Zarami—contestó la muchacha, con voz suave, de entonación musical.

—Este hombre dice que es usted muy mala.

—Es mentira—replicó Zarami, tranquilamente—. El sí que es un ladrón, hijo de ladrones.

Bowen se volvió al hombre y le dijo:

—¿Dices que esta muchacha te ha hechizado?

—Sí, Tuan. Estábamos pescando a la orilla de las aguas negras, cuando de repente me volví y la ví a mi lado, con su canasto casi lleno de pescado. Desde ese momento no pude pescar más. Al verme se sonrió, y oí como un chillido de rata.

—¿No la habías visto nunca antes?—preguntó el inspector.

El indígena negó energicamente con un movimiento de cabeza y contestó como la muchacha le había hecho

perder el poco pescado que tenía antes de verla. Además, como corría como un ciervo no había podido alcanzarla sino cuando, ya de noche, había llegado a la casa del inspector. Al verla refugiarse allí le tiró la lanza, sin pensar a causa del hechizo.

—Bueno—dijo Bowen, cuando el indígena concluyó de hablar—. Por te creo lo que dices, te dejo marchar en libertad; pero te prevengo que es una cosa seria arrojar aunque sea una caña de pescar a la casa de un blanco. Si no hubieras estado hechizado no lo habrías hecho, ¿verdad?

El indígena asintió con un ademán.

—Tú te vas—agregó Bowen—, pero esta mujer se queda aquí para que yo vea cómo es su poder diabólico.

El Murut salió y Bowen quedó solo con la muchacha. Ya tranquila, exclamó:

—Yo no tengo el diablo en el cuerpo.

—No estoy del todo seguro—dijo el inspector, ofreciéndole una silla. Encendió luego un cigarrillo y de pie delante de ella la contempló con curiosidad. Sus miradas dieron con el anillo y vio que la piedra era un ópalo.

—¿De quién eres?—le preguntó.

—De nadie, Tuan.

Bowen cambió la pregunta: —¿De quién has sido?

—Del «Tuan-Besar» Faulkner.

—¿Entonces fué él quien te dió el anillo?

La muchacha asintió con la cabeza. —Me lo dió cuando supo que la señora blanca venía por el mar... Puesto que el diablo esté en el anillo, porque me dijo que siempre le había llevado desgracia... El Murut me lo quería robar.

Bowen sonrió.

—Y después—dijo—vino la mujer blanca, lo que fué una desgracia para usted.

La muchacha se encogió de hombros, se arregló un poco las ropas, que dejaba adivinar las bellas líneas de su cuerpo, y dijo:

—Yo regresé al Kampon, y escondí el dinero que me dió, guardado en una caja, en el campo. Mi padre estaba furioso porque no lo podía encontrar, y me mandó a trabajar a otra parte.

Bowen le tomó la mano del anillo. —Déjame verlo—le dijo.

La muchacha se lo sacó y se lo puso. Era un anillo de hombre grueso y pesado, y en la parte interior tenía grabadas unas letras, «R. F. de J.» y una fecha.

Bowen le devolvió el anillo, y sin saber por qué, se acordó de la joven y fresca esposa de Ricardo Faulkner, a quien había visto dos veces en bailes dados por el gobernador. La muchacha se levantó para irse.

«Mira—le dijo Bowen, muy seriamente.—Ahora te has escapado en un pelo, y debes fijarte en lo que haces. Tienes que escoger entre trabajar en casa de un blanco, o...»

«Si fuese a tener un nuevo patrón blanco—le interrumpió Zarami—me gustaría que fuese como usted.»

«Nada de eso, Zarami—exclamó Bowen riendo; pero viendo la impresión de desengaño que sus palabras le hicieron, agregó, para consolarla.—Si alguna vez resuelvo tener una sirvienta del país, te prometo que te llamaré.»

«Usted ha hecho mucho por mí esta noche—repuso Zarami, ya en el umbral—y hay cosas que a una le hacen y que una no puede olvidar. Sus miradas se encontraron y Bowen sintió como un suave rozamiento del ala del deseo en su corazón.»

II

«La extraña significación de ese «pero», Bowen la advirtió. Sin embargo, si se hubiera dado cuenta de ello, habría confiado una vez más en la firmeza de sus resoluciones, en su innato sentido de la conveniencia o inconveniencia de las cosas, en su soberbio dominio sobre sí mismo y sobre sus deseos, condiciones esenciales de su carácter, que permanecían de ordinario escondidas bajo moldales amables, para ponerse en evidencia solamente cuando eran requeridas sus servicios.»

El chalet del gerente Ricardo Faulkner, bien construido, pero algo pretencioso, alzaba sus blancas pa-

redes en la cima de una colina baja, y estaba rodeado por un jardín atravesado por un caminito que llevaba de la llanura a la puerta del chalet.

Más o menos un mes después de la escena que acabamos de relatar, la esposa de Ricardo, Juana, de regreso de un paseo a caballo, entregó las riendas al chino encargado de cuidar el jardín, y se dirigió resuelta-mente a la habitación en que se hallaba su marido.

«¿Muy ocupado?—le preguntó.—Si—contestó su marido.—Siempre estoy hasta el pescuezo de trabajo. ¿Has salido a caballo? Juana hizo un signo afirmativo con la cabeza y le mostró el látigo que aún conservaba en la mano. De pronto, lo miró fijamente y le dijo:—Oye, Ricardo; tengo algo que hablar contigo ahora. Me tienes pre-ocupada hace tiempo. ¿Podemos hablar?»

Faulkner apretó los labios. —¿Es de veras tan urgente? Tengo mucho que hacer todavía. Juana se acercó unos pasos a la silla en que estaba sentado Ricardo. —¿Quieres darme un cigarrillo?—le dijo.—¿Y quieres, además, ser un poco amable conmigo?... Debes saber, Ricardo, que a veces creo que no soy absolutamente tu esposa. ¿Te has fijado que no estamos mucho tiempo juntos? Ricardo pasó a su esposa un cigarrillo encendido, arrojó el fósforo por la ventana y clavó en ella una mirada inquisidora.

«Antes que sigas adelante—dijo—debo recordarte que cuando me escribiste que querías venir, te prometí que Borneo no es país adecuado para una mujer como tú. —¿A qué hora te recogiste anoche?—preguntó fríamente Juana. —Era tarde... Me entretuve con un amigo a quien veo sólo de vez en cuando. Ricardo hablaba con tranquilidad; pero en su sonrisa y en el tono de su voz había algo que no le gustaba a su mujer, que continuó: —Es posible que yo tenga sobre el matrimonio ideas pasadas de moda, pero creo que el puesto de una nuera es al lado de su marido. Además, los diarios daban noticias que me movieron a venir aquí.

«¿Qué noticias?—preguntó Faulkner, procurando aparecer interesado.—Alzamiento de los indígenas; asesinatos de los blancos; incendios de sus casas...»

«Los diarios son muy inclinados a exagerar. —Lo sé; pero yo no quería que estuvieses solo cuando corrías algún peligro. Por otra parte, tenía la vaga intuición de que las cosas no andaban como debían. Por eso resolví venir... Y me encontré con que tú no tienes tiempo sino para trabajar y yo no tengo nada que hacer... Juana sintió que la voz se le ahogaba en la garganta, y calló, clavando los ojos en el suelo.

«Tienes el mejor chalet del país—argumentó Ricardo. Juana movió la cabeza tristemente. —Una especie de sepulcro blanco—repuso—sin un alma con quien hablar ni un libro ni un diario que no haya leído ya veinte veces de punta a cabo... Tú tienes fama de buen organizador, ¿no podrías organizar las cosas en forma mejor para mí?... ¿No podrías fijar una hora y un día para estar conmigo? Ricardo se agitó, como fastidiado, en su silla.

«Dame hasta fines del mes—dijo, procurando transigir—. Entonces veré lo que pueda hacerse... Juana hizo un ademán de angustia que no concluyó, y agregó: —Tú nunca lo reconozcas; pero yo siento, me lo dice el corazón, que tú estás, en el fondo, fastidiado por que he venido. —Vaya, Juana. Parece que estuvieses algo afebrada. —Si, Ricardo; pero no con la fiebre que tú te imaginas... Es una enfermedad constante... Una ansiedad horrible por algo que debo tener y que nunca he tenido... Y al verme tan sola mi mal empeora... Me detengo...»

Ricardo hizo un movimiento de desesepación con los brazos. Su mujer estaba presentándosele por un aspecto que nunca le había conocido, y empezó a tener algo así como miedo. —Vamos—le dijo amablemente—mandaré al empleado a que compre algunos libros. Pero ahora, déjame concluir este informe para que alcance el correo. Juana se dirigió hacia la puerta y se detuvo en el umbral. —Nunca llevas ese anillo ahora—le dijo a su marido, volviéndose para mirarlo. Faulkner se alarmó. —¿Qué anillo?



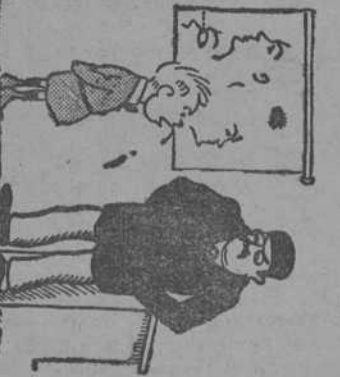
ROMPECABEZAS

Este gato ha perdido la pista del ratón que perseguía. ¿Dónde está?

LOS DOS JOROBADOS Y LAS HADAS Toda la gente de la comarca conoce el castillo de las hadas situado entre Kerleven y Venleker. Al mirarlo no se ve más que una meseta solitaria cubierta de juyos, en el centro de la cual se levanta un montículo árido. Una noche el patrón de Janik lo expulso de la granja en que vivía, y el pobre jorobado, que no tenía donde dormir, resolvió hacerlo allí, bajo la luz de la luna. Estaba profundamente dormido cuando lo despertó el ruido de una melodiosa música y vio un rayo de luz que salía del medio de la colina. El jorobado se levantó, entró por donde salía la luz y penetró en un magnífico palacio subterráneo donde miles de bujías iluminaban las salas y varios centenares de preciosas hadas, vestidas de verde, con unas tocas coloradas en la cabeza, bailaban alegrement. Mientras lo hacían, cantaban sin cesar: —Lunes, martes, lunes, martes, lunes, martes... Es una bonita canción—pensó Janik, haciendo una gran reverencia. Pero no es algo corta... Veamos a ver si quiero alargarla un poco, pensó, diciendo luego en voz alta: «Lunes, martes, lunes, martes, lunes, martes y miércoles; jueves, viernes; jueves, viernes, viernes y sábado.»

Las hadas se apresuraron en adaptar la nueva estrofa y su Reina, dijo a Janik: —Es una canción espléndida y le agrada decémos que nos la haya enseñado. ¿Qué podemos hacer para servirlo? —Si tuviera la bondad de quitarme esta joroba—respondió Janik—sería el hombre más feliz de la tierra. Las hadas, no sólo le quitaron la joroba, sino que le dieron una bolsa llena de oro. Janik llenó sus bolsillos con la mitad del oro y dejó el resto. Por la mañana siguiente corrió a casa de su propietario a pagar el alquiler que le debía, entrando de nuevo en posesión de su gruta. El propietario, que era también jorobado, tenía un corazón duro y era muy avaro. Se llamaba Mao. —Qué contento estás, Janik—dijo Mao—. ¿Dónde has encontrado todo ese oro?

Janik le contó lo que le había pasado en el castillo de las hadas y aquella misma noche Mao se trasladó allí para ver si podía sacar para él. Cuando vio la entrada penetró en el palacio y se puso a gritar a las bailarinas: —Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, y, y, y domingo... Como lo ven, Mao no entendía mucho de versos, ni de música. Pero no era nada eso. Las hadas eran paganas y no querían oír hablar de domingo. Cuando oyeron esa palabra se reunieron alrededor de Mao y su Reina dijo: —¿Qué vienes a hacer aquí? —Vengo a buscar lo que dejó Janik—dijo, pensando en el oro que éste había dejado. —Muy bien; tendrás lo que dejó Janik—repuso la Reina de las hadas—, y sacando de la bolsa la joroba de Janik, se la colocó en la espalda, de manera que desde entonces Mao tiene dos jorobas en vez de una. Así fue castigado por su avaricia y por haber querido engañar a las hadas.



ANTIGÜEDAD

«¿Cuántos años tiene la tierra? —Muchos. Cuando papá nació ya estaba hecha.»

«POR QUE LAS ESTRELLAS NO PARCEN REDONDAS COMO EL SOL O COMO LA LUNA?» La razón por la cual las estrellas no se presentan con el aspecto de un disco brillante como el Sol o como la Luna es que estas se encuentran demasiado lejos de nosotros. Los planetas son muchísimo más chicos que las estrellas, pero se encuentran suficientemente cerca de nosotros como para que un telescopio pueda hacernos comprender que su forma es redonda, y nos permite medir el tamaño aparente de su disco. Por lo contrario, el telescopio más poderoso, dirigido hacia la estrella más cercana y más brillante, no nos la muestra, nunca bajo el aspecto de un disco; su imagen se reduce siempre a un punto. Sin embargo, sabemos que algunas estrellas son un millón de veces más grandes que Marte o que Venus, que nos aparecen en forma de disco, aun con un anteojo de poco poder. Las estrellas están separadas de nosotros por distancias tan considerables que es probable que ningún perfeccionamiento de nuestros telescopios ni ningún aumento de sus dimensiones, nos permitan jamás ver a las estrellas bajo el aspecto de discos. Pero no dudamos de que las estrellas sean redondas como lo es el Sol.

«¿ES BUENO DORMIR TAPANDOSE LA CARA CON LAS COCHINAS?» Esta es una pregunta que se hacen las mamás y las niñas creyendo que los niños o cualquier persona debe dejar la nariz descubierta para dormir. Pero si se observa un niño durmiendo, se verá que aunque al dormirse se haya tapado la cara, una vez dormido se arregla en forma de desahogar la nariz para poder respirar libremente. Por esta razón no hay que inquietarse al ver que algunos niños tienen la costumbre de taparse toda la cara para dormir: instintivamente, una vez dormido, el niño se arregla de otro modo. Es fácil explicar por qué nos dormimos más fácilmente si nos tapamos la nariz y la boca, recordando que el ácido carbónico tiene por efecto causar un sopor, como lo hemos podido observar en las salas mal aireadas o llenas de gente. Observemos que las aves emplean el mismo procedimiento, metiendo su cabeza debajo de un ala cuando quieren dormir. Los gatos y los perros se acuden el hocico entre el pelo y algunos animales se cubren con hojas y se entretienen para pasar el invierno. Todos estos procedimientos tienen idéntico fin: a disminuir la actividad respiratoria.



«Hacer el «deber» es lo que me consume. —¿Soy una víctima del «deber?»»

# PAGINAS INFANTILES

## PREFERENCIA



—Esto te divierte, Juanito?  
—Sí, pero preferiría un asno de veras.

## — A FOCA

La foca o «tercera marina», como la denomina el naturalista Gessner, pertenece a la especie de los mamíferos carnívoros; su tamaño es grande, tiene pulmones y unos orificios por los cuales aspira el aire. Sus extremidades son iguales a las ballenas; es un animal anfíbio, pues no puede vivir siempre en el agua y en la tierra, aunque permanece bastante tiempo en esta última.

La foca, duerme a orillas del mar, y muere más profundamente que todos los demás animales; ronca y muere por efecto de la mucosidad de los pulmones. Este extraño mamífero, nada perfectamente, pero anda o se arrastra con dificultad por el suelo sirviéndose de sus aletas. Según Gessner, la foca es el animal más voraz que se conoce de la fauna carnívora, pues devora peces, carne, hierba y todo cuando puede coger.

Los caracteres representados por esta especie, son: el aparato dentario que se compone de seis incisivos en la mandíbula superior y cuatro en la inferior, contándose, además, en los colmillos, diez molares en cada una.

El cráneo es ovalado, la punta del hocico desnuda, con un surco profundo entre las fosas nasales; la articulación de los pies muy poco hacia el centro y están provistos de garras bien desarrolladas, las membranas nataatorias son peludas y el vello escaso.

## SUPERIORIDAD

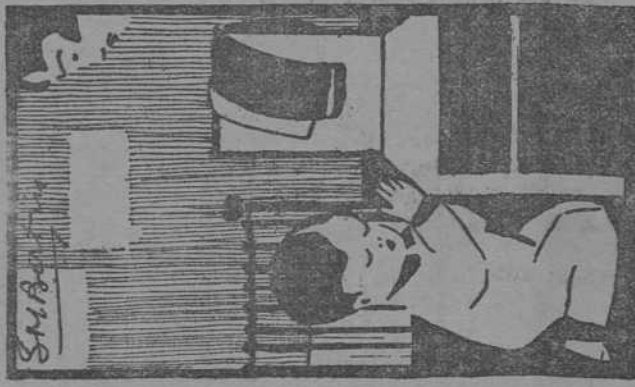
Su longitud varía de un metro sesenta centímetros a un metro noventa, desde la punta del hocico hasta la cola, siendo un poquito más grandes las hembras que los machos.

Las focas viven en todas las partes septentrionales del Océano Atlántico y en el mar Polar. En el agua es donde estos animales despliegan toda su agilidad y fuerza; nadan de espaldas o en posición natural y tan fácilmente en la superficie como en el fondo, con tanta ligereza como un pez carnívoro; vuelven con la rapidez de relámpago, permaneciendo inmóviles y hasta dormidas sobre la superficie del agua.

Al zambullirse, nadan vertiginosamente, franqueando grandes distancias, y cuando están dominadas por la afición a la caza, sólo aparecen un momento en la superficie para respirar, asomando únicamente la punta del hocico, de modo que pasan fácilmente desapercibidas de la vista de los cazadores que las persiguen.

Cuando en las regiones septentrionales el invierno cubre de hielo vastas extensiones del mar, cada foca tiene buen cuidado de mantener abiertos uno o varios orificios, por donde salen o entran a menudo a fin de evitar que aquellos se cierren.

## LA ORACION



—Pero hijo... ¿cómo te descuidas lo del span nuestro de cada día?  
—Ya sabes que el pan no me gusta, mamá.

—El de ópalo que te di, cuando estábamos de novios.  
Ricardo se pasó la mano por la frente.

—Me parecía que no me dejaba trabajar — explicó lentamente —. Ahora empleo las manos más que antes.

—Tal vez soy demasiado sentimental—agregó Juana—; pero me gustaría que te lo pusieras alguna vez. Puede que fuese para bien.

Y salió, cerrando la puerta tras de sí. Ricardo tomó de nuevo la pluma; pero por alguna razón extraña va no tenía deseo de trabajar. Miró un momento para afuera; pero de pronto se encogió violentamente de hombros y exclamó:

—¡El diablo los confundió a todos! y acercándose a su escritorio abrió uno de sus libros comerciales.

## III

Desde el fondo de su sillón de mimbre, lleno de suave almohadones, Juana veía ponerse el sol. La noche tendió su velo sobre el mundo, reemplazando rápidamente al corto crepúsculo tropical.

De pronto, allá lejos, se encendió una lucecita como un faro. —¿Qué luz es esa?—le preguntó al muchacho que preparaba las lamparas.

—La casa del inspector del distrito. —¿El señor Bowen?

—Sí, señora. Juana volvió a hundirse en los almohadones, las mejillas ardientes. Media hora después su marido, después de beber unas copas de whisky en el comedor, salió a la veranda, y empezó a pasearse rápidamente, la cabeza inclinada, la frente surcada de arrugas. Como la espalda de su sillón la ocultaba a sus ojos, no vio a Juana. Sólo se dio cuenta de su presencia cuando ésta hizo un movimiento y los mimbres del sillón crujieron.

—¡Hola!—exclamó Ricardo, acercándose a Juana—. ¿No vas a vestirme para la comida?  
—No sé si tú te quedarás a comer. Ricardo no contestó una palabra y entró en la casa; Juana comprendió que se había perdido una oportunidad para la reconciliación, y corrió tras de su marido. Llamó dos veces a la puerta de su cuarto, y co-

mo no recibiese contestación, la abrió: el cuarto estaba vacío...

Volvió a la veranda, y a la escasa luz de la noche vió a su marido que bajaba rápidamente la colina, después de haber atravesado el jardín. Iba sin sombrero, llevaba en la mano un farol.

Y Juana, sin saber por qué, lo siguió. Estaba segura de una cosa: que su marido había salido de la casa sin decirle nada, mientras ella creía, y él debía suponerlo, que había ido a su cuarto.

Juana seguía a su esposo llena de inquietante curiosidad, temerosa de lo peor. Cuando Ricardo llegó a un sitio muy obscuro, entre los árboles, encendió el farol, cuya pequeña luz aparecía y desaparecía en medio del bosque.

En cierto punto, Ricardo empezó a mover el farol, como si estuviese haciendo señales a alguien. Luego lo puso en el suelo, y sentándose en un tronco, procedió a prender su pipa. Juana avanzó unos cuantos pasos en la obscuridad y distinguió de pronto la figura de una muchacha indígena que se dirigía hacia Ricardo.

Marchaba muy erguida, llevando una lanza en la mano derecha, y la izquierda apoyada en la cadera. —¿El «Tuan-Besar» me ha llamado?—preguntó la muchacha, en un bajo.

—Sí, Zarami, te he llamado. La muchacha se rió y agregó: —Sin embargo, sólo anoche... —Si anoche hubiera sabido lo que sé ahora, habría hablado anoche, Zarami, devuélveme el anillo.

La muchacha retrocedió alarmada. —¿El anillo que me dió el día que supo que llegaba su esposa blanca? Ricardo se puso de pie y se acercó a Zarami.

—Mira, Zarami—le dijo—, no puedo perder el tiempo. Te pagaré por él lo que quieras, siempre que sea una suma razonable; pero necesito tenerlo.

—Lo quiere para su esposa blanca?—preguntó la muchacha. Faulkner vaciló.

—Sí—contestó después de un momento—. Sí; es preciso que lo sepas, lo quiero para ella. Los oscuros ojos de la muchacha echaron chispas.

—Yo no soy como otras muchachas — exclamó—. Yo lo habría muerto a usted cuando me despidió

si no hubiera creído que usted no quería que me fuese.

Zarami alzó las manos como en un movimiento de protesta y a la luz del farol que Ricardo había levantado del suelo hasta la altura de su cabeza, Juana divisó el anillo que su marido había dejado de llevar porque ahora tenía que trabajar con las manos más que antes.

Se quedó mirando el ópalo como hipnotizada, y sintió frío en el corazón...

Faulkner, en un arrebato de ira, tomó a la muchacha por un brazo, como para quitarle el anillo por la fuerza; pero Zarami, dando un grito salvaje, lo amenazó con la lanza, lista para herirlo. Ricardo la soltó y retrocedió unos pasos. Zarami aprovechó ese instante y ligera como una cierva corrió en dirección al mar, riendo a carcajadas.

—¡Te voy a matar! ¡Te voy a matar!—le gritó Ricardo varias veces. A poco, empezó a deshacer el camino andado, y pasó al lado del sitio en donde Juana, sentada en el suelo, la cara entre las manos, ahogaba amargamente sus sollozos.

Del chalet llegaban a sus oídos las duras, secas notas del gong que llamaba a la comida, y que repercutían en su alma como el toque a muerto de sus pasadas esperanzas.

## IV

—Señora Faulkner! Y Donald Bowen se puso rápidamente de pie, tirando sobre la mesa las cartas con que se entretenía haciendo un solitario.

Juana se detuvo un momento, vacilante en el umbral; pero luego avanzó resueltamente y se dejó caer en una de las sillas de mimbre.

—¿Qué pasa?—preguntó Bowen con ansiedad—. ¿Está usted enferma?

—Estoy muy enferma y anómada—contestó Juana, sobresaltada—. No sé por qué he venido a verle a usted. Supongo que porque usted me parece el único blanco decente que he encontrado aquí. En el baile del gobernador, mi marido me abandonó por irse al comedor a beber y usted bailó conmigo. ¿Se acuerda usted?

En el cerebro de Bowen todo bailaba. —Sí recuerdo— contestó, y con mayor ardor que él mismo había

pensado para no descubrirse—. Esa es una de las cosas que un hombre nunca olvida.

Juana le miró fijamente, sus labios temblaron levemente y las mejillas se le encendieron. Luego empezó a hablar con rapidez, las manos cruzadas sobre una rodilla.

—Hubo un tiempo en que yo me hacía la ilusión de que no había otro hombre como él, y entonces fué cuando regalé a mi marido un anillo con un ópalo. Para mí era el más sagrado de los símbolos. Estábamos en una situación muy difícil y yo escogí el ópalo precisamente porque mucha gente cree que trae mala suerte. Le di el significado de un desafío heroico a la vida, con la esperanza de que nuestro cariño mutuo concluiría por triunfar de todos los obstáculos que encontraríamos a nuestro paso. ¿Comprende usted?

—Perfectamente —respondió Bowen—. Tengra usted la bondad de seguir.

Juana comprendió toda la simpatía que escondía el tono sereno de Bowen y se lo agradeció con una mirada. En segunda continuó:

—Esta tarde le pregunté dónde estaba el anillo. Me hizo creer que todavía lo tenía, pero hace poco, por una casualidad, descubrí que se lo había dado a una muchacha negra. Le oí perfectamente cuando le ofrecía comprárselo por lo que quisiera. Yo lo habría perdonado, todo, menos eso...

La mirada de Bowen se perdió vagamente en la obscuridad de afuera...

—El oncenno mandamiento—murmuró, como si hablase consigo mismo.

—Me alegro de haberlo encontrado—siguió diciendo Juana—porque, sencillamente, no puedo volver a su casa y no tengo un amigo verdadero en todo Borneo ¿Qué puedo hacer en el mundo?

Bowen tuvo en la punta de la lengua una solución; pero el mero temor de ofenderla lo hizo callar. Le pareció que sería como proponer a una viuda asistir al funeral de su marido.

—Me buscará a mí—replicó Bowen con rabia. Sacó su pistola de un cajón y la examinó cuidadosamente.

—Me parece que esta noche va a pasar algo—agregó—. Vamos allá. Salieron juntos y llegaron a una parte de la playa en que las aguas del mar cubrían y descubrían alternativamente la suave arena.

En la obscuridad se divisaban algunas sombras que vagaban de un lado a otro, algunas de ellas un poco adentro del mar. De pronto, una de esas se acercó a Bowen. Era un pescador indígena.

—«Tuan»—gritó—, el gerente se ha vuelto loco, loco, loco...

Bowen lo tomó de un brazo. —Tú te quedar aquí—le dijo—y cuida a la mujer blanca hasta que yo vuelva. Si le pasa algo malo...

Dejando las consecuencias de semejante eventualidad a la imaginación del indígena, Bowen se metió al agua y avanzó en la dirección en que en ese mismo instante se sintió un disparo.

Seguía algunos metros y divisó el saco blanco de Faulkner, y a unos diez pasos de distancia una sombra que supuso era Zarami. Se acercó con toda la rapidez que le permitían las olas, cuya resistencia maldecía como si sus maldiciones pudieran tener efecto sobre ellas.

La muchacha se zambulló y Bowen la llamó en voz alta. Luego gritó: —¡Faulkner! ¿Me oye usted, pedazo de loco? Este es un juego peligroso!

La alta silueta de Faulkner se volvió lentamente y Bowen notó que el aire de la noche había tenido un efecto contrario al que había esperado. Faulkner se hallaba en aquel estado que los médicos alemanistas llaman de insana temporal. Levantó su pistola automática y apuntó a Bowen.

Pero en ese preciso momento, Zarami salió a la superficie del agua, y apuntó sobre las olas como un ángel vengador... Sin vacilar levantó la mano con que tenía asida su lanza de pescar, y la lanzó con toda su fuerza contra Faulkner...

El marido de Juana recibió el terrible golpe en el pecho, y cayó sin vida, con un ruido de agua que se chapotea, mientras Zarami se sacaba del dedo algo que redución a los rayos naciotes de la luna, y lo arrojaba lejos, en el mar...

PREOCCUPACIONES MODERNAS

BAILLARINES MUNDANOS

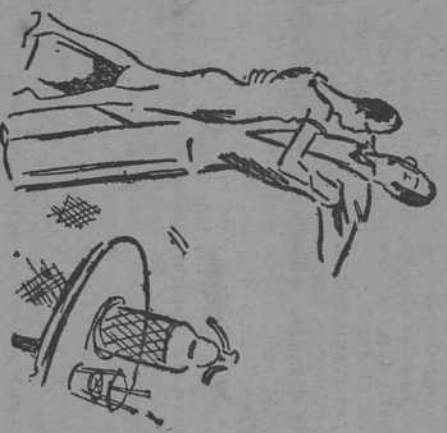
El bailarín profesional ha pasado a la historia. La expresión tenía un acento de utilitarismo brusco y evocaba con crudeza excesiva la concreción implacable de las tarifas, la jerarquía de las propinas y otros lances de carácter semejante a heraldos por un coetáneo.

Todos los que bailan ahora con talento positivo en los pies y gracia en el desplazamiento a cambio de una retribución, se han convertido en bailarines mundanos. *Mundano* resalta ya un vocablo digestivo para estómagos de sensibilidad delicada. El bailarín mundano por definición es correcto, elegante, y en ocasiones culto. Habla de la coreografía con desahogado erudito, hace escapadas por el campo de la historia; establece paralelismos curiosos y divertidos, si las circunstancias lo exigen, acerca del cubismo y de los onomatogramas. Pero las condiciones inherentes a toda definición no se cumplen por lo general en el terreno de la práctica.

Así lo estima el consejero municipal Florian-Matier, que se ha dirigido al prefecto de Policía para preguntarle qué disposiciones se proponen adoptar para reglamentar la profesión de bailarín mundano que en su diccionario constituye un pabelloño amplio y propicio para proteger mercadería averzada. M. Florian-Matier cita casos de bailarines que incrementan la totalidad de sus ingresos por el deporte de emitir chequeques sin provisión o muestran una destreza singular en apropiarse de las joyas que llevan las americanas que frecuentan las *boites* de Montmartre. Los periodistas han glossado la reclamación del consejero municipal y han desdoblado que el cobheta y chivo por ciento de los bailarines mundanos que actúan en París son de nacionalidad española, argentina o italiana...

Este predominio de la raza latina en la órbita de París, demota por de pronto que la influencia de los ritmos de origen negro tan menudamente por el temperamento anglo sajón tiene por el contrario, aumenata. Hecho simple en apariencia, mas acas denso de contenido y que puede servir de base a un sociólogo para formular deducciones de un alcance insospitado.

Enrique Fernández, primer bailarín del cabaret más caro de la rue Fontaine, paga todas las semanas en el hotel donde se hospeda una cuenta lavandera que se acerca a los cien francos. Una camisa de smoking por noche. Le planchan las corbatas tres veces por semana. Todos los días a las nueve de la noche se afeitaba con esmerilado, se viste y a eso de las diez penetra con paso seguro en el pequeño café de la esquina donde hay chóferes de taxi que leen "L'Humanité", floristas que se preparan para la campaña que empieza después de la salida de los teatros y músicos que se humedecen el gaznate en previsión de la sequía nocturna que impone la continuidad del baile. Hay también en el establecimiento mujeres rubias y morenas con lunares artificiales y melancolía natural. Enrique está atarado al café por el garfio de la costumbre. Por la tarde frecuenta los bares *chics* de los Campos Elíseos, da una vuelta en automóvil por el Bois en la *voiturette* de una dama conocida, toma el te con amigos, pero antes de comenzar el trabajo necesita apoyarse brevemente en el cine del *river* habitual y oír las chocarretas de los chóferes que llaman a las cosas por su nombre.



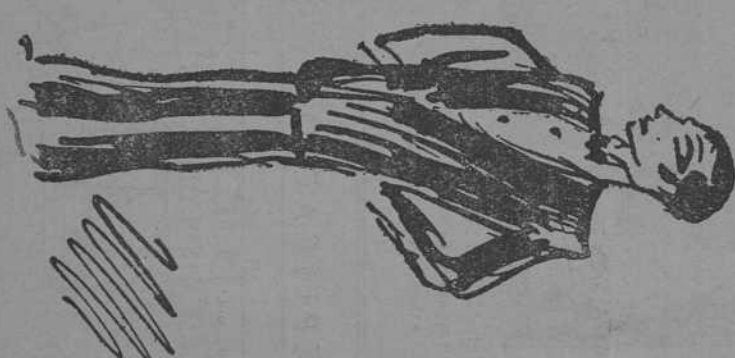
Bailadores modernos

El bailarín tiene ventisiete años, un metro setenta y cinco de altura y debe pesar setenta kilos. Un enamorado de la antigüedad helénica lo desprecia por no ajustarse a las proporciones del "Doritorio", pero las señoras de más de cuarenta lo adunan como un cañon y las jovencitas le encuentran una línea muy 1928. Cabello negro, desde luego, planchado y brillante.

—Dígame usted, Fernández, con sinceridad, ¿qué hay de cierto en las acusaciones que pesan sobre los bailarines que trabajan en los cabarets de París?

Una sonrisa, dos chapuzadas seguidas a un obdullish.

—Bueno, yo no me llamo ni Enrique ni Fernández. Mi verdadero apellido es... pero es igual. Verá Ud. Cada vez que un bailarín o un pseudo-bailarín se halla comprometido



Fernández, el bailarín argentino popular en París

en un lío de estupefacientes o de joyas que desaparecen, todos cargan con el sambiento. ¿Por qué? No acabo de comprenderlo; en otros oficios no se tiende a generalizar tanto como en el nuestro. Cuando un banquero come una indelicadeza, los demás siguen disfrutando de consideración. Pero aquí en Montmartre el día que un periódico da la noticia de un suceso en el que ha intervenido un bailarín, las clientelas nos miran con prevención y no quieren bailar.

—¿Hay muchos españoles bailarines mundanos?

—No tanto como lo que se cree. Hay más argentinos e italianos, de los primeros especialmente. Lo que no hay es franceses, o muy pocos.

—Según parece el oficio es remunerador...

—Siempre se exagera. El sueldo fijo es más bien pequeño; ochocientos, novecientos, mil francos. Claro luego vienen las propinas y en este terreno intervienen una multitud de factores, como la suerte, la simpatía, etc. También se exagera y no poco en lo de las aventuras galantes de los bailarines. Cuando empiezan a trabajar en un establecimiento de cierto posito oye mil historias fantásticas: "El año pasado una americana hija de un millonario de Chicago se enamoró de Manolo el argentino y quería casarse con él a toda costa..." Uno ve muchas americanas, es cierto, pero la mayoría bailan con *ses* acompañantes y por otra parte el director de pista parte en la más mínima insistencia. Hay que bailar con todos, no solamente con las más guapas o más elegantes.

—¿Está Ud. contento del oficio?

—¡Psh... Estoy ya encarrilado por este lado, y de momento no sé hacer otra cosa. Yo soy de... bueno, pongamos de una ciudad de Caschita. Estaba en la Escuela de Ingenieros Industriales de Bilbao. Suspenso tras suspenso. Disgracias familiares, huida a París. Yo siempre había bailado bastante bien; aquí me perfeccioné. En mi casa creen que trabajo en una casa de exportación para llevar la correspondencia española. A veces pienso en regresar a casa... Bailar todas las noches de doce a cuatro o cinco de la mañana, resulta pesado. Claro que hay compensaciones...

—¿Y esa reglamentación de que se habla en la Prensa?

—No creo que de resultado. Cabe reglamentar el ejercicio de las profesiones liberales donde hay títulos académicos y expediente universitario? En cuestión de baile a veces el último que se presenta es el que se lleva el último puesto. Y aunque se reglamentase, los defectos de los cabaret tienen amañadas e influencias como para seguir tomando el personal que quieren. Mire Ud., en la casa en que trabajo hay casi siempre diputados, senadores, y a veces algún ministro... ¿Para qué le voy a decir más?

Enrique Fernández dirigió una ojeada al reloj de pulsera. Las doce menos cuarto. Al levantarse reclinó levemente la situación del lazito negro, y se sacudió un poco de ceniza que había caído sobre el pantalón. La rue Fontaine era una exposición de publicidad ambulante. Empieza a llover. Los porteros embustosos del *Palermo*, del *Zelitz* y del *Gordon* merceden los grandes paraguas rojos de vari-fante blanco.